Jules Supervielle

CLAUDE ROY

Traducción de Juan Almeda

SUPERVIELLE ERA grande, flaco, mal desdoblado de cuerpo, como un caballo que recordase haber sido prehistórico y carecer aún de nombre en los diccionarios de los hombres venideros. Vivía en el bulevar Lannes, luego en el bulevar Beauséjour, después de la pampa y antes de retornar a un departamento-gruta, tapizado de bellas muchachas (hijas suyas) y de criaturas muy pequeñas (sus nietos), con cortinas rojas en los balcones, y cuadros, y libros. Parecía una especie de gran minotauro distraído y maravillado, en el hueco de su laberinto de sueños, de afectos, de pasillos. Visitado de continuo por amigos, jóvenes poetas e ideas garabateadas en trozos de papel, parecidos a lo que los volcanes escriben con sus manotas temblonas en los sismógrafos. Todo lo que escribía Supervielle venía, así, de muy lejos, y era muy bonito y grato verlo vivir entre los niños y el cielo filtrado por sombrillas.

Siempre me dio el efecto de un tío de cuento o de un árbol yendo de paseo, recogiéndose las raíces con la mano como quien se arremanga una chilaba.

Jamás daba la impresión de hallarse contenido del todo en su largo cuerpo, parecido a una nube a la cual se quisiera condenar a que conservara apariencia humana. Necesitaba familia, hijos, nietos, jóvenes poetas, igual que el cielo azul necesita seres vivos bajo su bóveda, a fin de no ser cielo en vano. Pero Julio —como lo llamaban los suyos, quienes lo querían, o sea todo el mundo—, Julio era una nube a la vez angustiada y cortés, siempre atento al quién muere, como otros al quién vive, a las extravagancias de aquel corazón que le concedió setenta y tres años de vacilantes y espléndidos servicios.

A veces un gran poeta no es otra cosa que usted o yo, que todo el mundo, sólo que un poco *exagerado*. A fin de cuentas, Jules Supervielle nunca dijo sino trivialidades, ni habló más que de lo que había vivido y visto; aquel gran inventor imaginó menos de lo que se supone. Sus temas y sus obsesiones son lo corriente el día de hoy, lo ordinario de nuestros destinos. Y si exageraba, subrayaba un rasgo, aguzaba una punta, era apenas, con extrema y cortés discreción. Adoptó las formas poéticas más tradicionales, utilizó el alejandrino, la rima, el octosílabo, las filas de versos flexibles de seis o siete pies. Se limitó a torcerlas, ablandarlas, plegarlas según su uso y su rostro, y nos las devolvió inocentes, radiantes, como si acabase de inventarlas hablando a media voz. Tomó lo que está desparramado por doquier y nos arrastra a todos, la maravilla de existir, la pena de la ausencia, el dolor de nuestros muertos y el temor a nuestra muerte, los niños en sus cunas, el papel tapiz del cuarto, los animales del jardín, la añoranza y, durante los años 40, las desventuras de Francia.

Él, que tenía a su disposición dos continentes, del Uruguay a Francia, cuando menos un océano entero, el Atlántico, pájaros fabulosos, más el guayabo y las extensiones estupendas de la pampa —a él se le vio ir tirando poco a poco por la borda el exotismo, el color local, la fantasía voluntaria, y contentarse con la menor cosa: ser un hombre vulnerable que siente latir su corazón, sueña con los desaparecidos, sonríe a un bebé, lamenta tener un día que irse a mirar las estrellas y perderse en el camino. Había partido para ser una especie de aduanero Rousseau de la poesía, el más malicioso de los poetas ingenuos. Llegó sólo a ser el más sencillo de los poetas sabios, el más humano de los vagabundos cósmicos, Supervielle, que no se asemejaba a nadie y que llegaba a todo el mundo.

Supervielle engañaba a su mundo. Como un barquero, nunca se sabía bien a bien dónde estaba. Ejercía la función de barquero intercontinental, entre Montevideo y Oloron-Sainte-Marie. Era el barquero de las especies, de los peces de agua honda a los hombres, el barquero del espacio, de los astros a la tierra, de los muertos a los vivos. Quizá morir no sea sino un exceso de distracción, una distracción irremediable. Supervielle sabía que todas las cosas, a fin de existir, requieren nuestra atención. Temía siempre volver la cabeza, cerrar los ojos, dejar a la deriva sus pensamientos, y que un pájaro súbito se borrase en el árbol de su ventana, un poco de océano dejase de murmurar, una gota de lluvia, más luciente y todo que las demás, se fundiese para siempre en el mar salado, y que una estrella de pronto se esquivara del cielo, mochila al hombro, por haber descuidado mirarla y pensar en ella. Pero ya en el tiempo del sol, en el

> tiempo inolvidable, cuando estábamos en el mundo
> y si algo se caía hacía ruido,

ya entonces Supervielle conocía muy bien esas intermitencias de la atención que son la experiencia de la muerte otorgada a los vivos, ese modo angustioso que tenemos de dejar que naufrague la realidad de las cosas, cerrando los ojos,

• Publicamos este ensayo de Claude Roy para invitar a la lectura de *Amigos desconocidos*, antología de Jules Supervielle que la Editorial Vuelta pone en circulación en estos días.

dejando derivar nuestra atención y traicionando a "los amigos desconocidos". Se empeñaba no obstante, con gran suavidad, en no abandonar nada, en mantenerse vigilante. Su poesía era una modesta y paciente presencia de ánimo. Cuando escribió su *Fábula del mundo*, Supervielle concibió un Dios a su imagen, que inventaba los árboles pensándolos muy fuerte, y que sólo había creado el hombre "para ver un poco en claro" (¿lo conseguiría en verdad?).

Supervielle parte siempre de una emoción para llegar al centro del Océano o al perfil de la mujer amada. Late un corazón, y a su alrededor las galaxias giran y "el cuerpo de la montaña titubea en la ventana". Poeta cósmico, sí. Pero el cosmos de Supervielle tiene por centro experimental el cuerpo y los dos ventrículos del poeta. El mundo es algo que le acontece; de ahí que le hable al universo como le hablaba a Pilar, a sus hijos, a sus amigos, casi en voz baja, pero de ese bajo tan exacto que se oye en el otro extremo del universo.

* * *

El camino de Supervielle lo cruzan constantemente animales. Llega siendo niño de Montevideo, del Uruguay, donde en los cuernos de los toros se posa el pájaro hornero. Tampoco falta un toro en el blasón uruguayo. Al heráldico se le olvidó el pájaro, pero a Supervielle no. Y cuando regresa al país vasco, al suyo, a Oloron–Sainte–Marie, se encuentra con que lo que hay ahora en el escudo de la ciudad es una vaca, mientras grandes rebaños nocturnos de ganado prudentemente mudo parten y atraviesan la frontera bajo la guía hábil de los contrabandistas. No nos confundamos: Supervielle es uno de ellos, un contrabandista de la creación. Para él no hay fronteras. Calzado de alpargatas su paso ligero, desempeña su actividad secreta de contrabandista en esa triple frontera que une el país vasco con todas las tierras hispánicas, con España al otro lado de los Pirineos y con América al otro lado de las olas. Supervielle es el más francés de los poetas de lengua española. Ha escrito inconscientemente todos sus poemas en esa frontera de dos lenguas que da a las palabras a la vez su riqueza y su ambigüedad, ese peso que tienen las cosas dichas por quien guarda en sí el recurso de decirlas *de otra manera*. ¿Cómo definir un poeta por las influencias que acoge? ¿Cómo, sobre todo, restringir a los libros y a sus rastros las influencias cuyo buen uso puede ayudar a definir un temperamento? Bien se nota que Supervielle coincidió con Laforgue, el otro joven de Montevideo: de esta amistad nos quedan los *Poemas del humor triste*, pero todavía no son Supervielle. Se diría que alcanza España al encontrarse a sí mismo. Reinventa instintivamente la forma larga y flexible de los romances, esas estrofas de versos breves y cantarines, flexibles como algas en el fluir del sueño. Confluye con Manrique y Góngora, y Lope y Calderón, con el poeta que cantaba:

> ¿Qué es la vida? Un frenesí,
> una sombra, una ficción,
> y el mayor bien es pequeño,
> que toda la vida es sueño
> y los sueños, sueños son.

Es el poeta de las soledades, donde todo se une, de los desiertos poblados, y como el poeta castellano podría decir:

> A mis soledades voy,
> de mis soledades vengo,
> que para vivir conmigo
> me bastan mis pensamientos...

Supervielle es un *fronterizo*, instalado por nacimiento, cultura, gustos, en una encrucijada de montañas, de océanos y de pastizales, esa baja Navarra prolongada para él por las pampas uruguayas, donde el viento, según de dónde sople, trae ecos del laúd de Ronsard o de la guitarra de Lope. (Pero harto mal hago en decir laúd al tratarse de Ronsard, quien decía exactamente: "Mi guitarra, te canto, / única con que engaño,/ engaño, rompo, encanto / amores que recibo.") Los poetas se hallan, por lo demás, siempre muy a gusto a caballo sobre las fronteras. Ellos, cuyo oficio y placer es hablar todo el tiempo, nunca tienen nada que declarar: Moréas griego a medias, Apollinaire medio polaco, Rilke medio francés. Y aquí está Supervielle, con todo ese rumor sordo de sangre española por su corpachón cavernoso de vasco.

* * *

La voz de Supervielle debió franquear ante todo malezas de mil clases, quitarse de encima un gran enredo de tentaciones, de facilidades, de debilidades. Es muy conmovedor releer *Brumas del pasado* (1918) o los *Poemas* publicados por Filguières (1919). Por entonces Supervielle sigue a disgusto entre las nieblas simbolistas, mientras lo molestan y le impiden estar solo Paul Fort y Jules Laforgue. Vaga a tientas en un crepúsculo donde busca a su doble, a su yo, presintiéndolo a veces con un verso muy bello que se amortigua extrañamente en una continuación menos feliz. Entonces atraviesa, con *Desembarcaderos* (1922), los espejismos del exotismo, ensordecido por la gruesa voz de Walt Whitman, mientras parlotean aves de nombres bárbaros:

> paroaros, gálgulos, calandrias, ranfocelos

entre el rodar de trenes a través de las hierbas tostadas de las pampas guaraníes. Es preciso que aparezca en 1925 *Gravitaciones* para que Supervielle se vuelva Supervielle. A fin de cuentas, su tiempo le ha costado. Tiene cuarenta y un años. Supervielle ha esperado tener cuarenta años para ser joven. Ahora lo será siempre. Hay seres a quienes es concedida la juventud. No siempre la aprovechan bien. Otros la adquieren. Llega lejos. A menudo más lejos que la vida de ellos.

Supervielle tiene siempre aire de buscar sus palabras. En sus más hermosos poemas no hay, como pudiera suponerse de buenas a primeras, una torpeza fingida o auténtica. Se trata más bien de ese *sentimiento de torpeza* deliciosa que nos proporciona la *sorpresa* de las palabras. Lo que provoca la monotonía de los conversadores brillantes y de los oradores diestros es que sus palabras escurren, sin nunca engancharse al oído ni a la mente por alguna aspereza o un esplendor insólito. Pero en el tono de Supervielle está ese instinto de lo inusitado o de lo imprevisto que da a sus poemas una gracia incomparable. Sabe muy bien aprovechar un desplazamiento imperceptible para estrechar más de cerca una verdad interior muy delicada y muy precisa. Cuando falla el golpe, se vuelve, a fuerza de sutileza, un fabricante de quejas.

Es así como, en la compilación intitulada *1939-1945*, junto a poemas admirables, hay fragmentos muy raros. Por ejemplo cuando el poeta se pone a dialogar con Juana de Arco o habla de los franceses:

> Y van adelgazando sin embargo
> los franceses a pasos de gigante
> en su cárcel abierta a todo viento,
> alzan la testa sus oscuros huesos
> encima de todos los alemanes.

Es preciso darse cuenta de que estos balbuceos ingenuos y rocallosos representan el término extremo del arte de Supervielle. Aquí pierde a medias contra aquello que otras veces le hace ganar: contra ese modo de servirse de las palabras con humildad, torpeza y dulzura, las simples palabras cotidianas, encargadas de decir... ¿Qué?

* * *

"En mí la inspiración se manifiesta en general —decía Supervielle en 1933— por el sentimiento de encontrarme por doquier a la vez, tanto en el espacio como en las diversas regiones del corazón y el pensamiento." Sentimiento no es decir bastante. Supervielle tiene la *sensación* de estar en todas partes a la vez y de topar sin falta con la misma presencia secreta. Conjuga extrañamente una especie de panteísmo franciscano, una ternura difusa hacia todos los frutos de la creación, árboles, animales, astros, olas, gotas de lluvia, con esa embriaguez cósmica que se ensancha en los poetas filósofos del XVI en la doctrina ocultista del microcosmo y el macrocosmo:

> Noche en mí, noche afuera,
> arriesgan sus estrellas
> mezclándolas sin saber...

Supervielle habla a los árboles, a los peces en sus radas nocturnas, a la sangre en sus venas, a las estrellas del cielo, con blandura que amansa, como a amigos desconocidos y muy cercanos, con igual gentileza que san Francisco al dirigirse al sol y al fuego. Recuerda a Bartas y a los viejos alquimistas al celebrar:

> ...los diferentes puntos de nuestro cuerpo que aloja los astros con las distancias interestelares en nosotros fielmente respetadas.

Pero, a diferencia de los poetas metafísicos del Renacimiento, no se instala a gusto en esta organización secreta del universo, en una majestuosa jerarquía de los objetos creados. Pues esta poesía que a momentos pareciera deshacer el hombre como un grano de sal en las aguas vivas (o instalarlo de una vez por todas, como un santón navideño en un rincón preciso del cuadro, en el grado que le toca en la escala de los seres y las cosas), esta poesía, digo, permanece intensamente antropocéntrica. Allí el hombre no deja de ser la clave de bóveda del universo.

* * *

Por los linderos del universo de Supervielle ronda siempre esta amenaza de la existencia suprimida por un instante de distracción, por un debilitamiento de las virtudes de atención, de benevolencia y de amistad. Cada uno de nuestros desfallecimientos lo es de las cosas:

> Pero la estrella se dice: —Tiemblo en la punta de un hilo,
> si nadie pensara en mí, cesaría de existir.

Es un tema que reaparece sin cesar en el poeta, el de las cosas en nuestra ausencia, que no son lo mismo que ante nosotros:

> Cuando nadie lo mira,
> el mar no es el mar,
> se torna lo que somos
> cuando nadie nos ve...

Y al igual que la mar móvil, el sendero de arena mismo está en peligro siempre ("La vereda", en *Los amigos desconocidos*), y el árbol de la noche está dispuesto a cualquier metamorfosis:

> Un abeto en la noche,
> cuando nadie lo ve,
> se vuelve una barca
> sin remos ni brazos...

Hay que andarse con mucho cuidado con las miradas, con gran circunspección con la atención, con gran prudencia con los pensamientos. El mundo y la existencia descansan únicamente en nuestra voluntad, en nuestra *buena* voluntad. Un instante de desatención, una distracción fugitiva, y se acabó el mundo que hasta llegamos a creer que nos albergaba.

* * *

El más dulce dominio se impone en las obras maestras publicadas entre 1934 y su muerte, las más ricas de las cuales son *Los amigos desconocidos* y *La fábula del mundo*. He conocido una imagen perfecta de la dicha: la casa de Supervielle cuando nos leía entre sus hijos los poemas que constituirían *Los amigos desconocidos*, *La fábula del mundo*. Todavía ignoraba, o aún presentía apenas, que habría de escribir los *Poemas de la Francia desdichada*. La guerra mundial se agazapaba tras el horizonte, sin que la oyéramos gran cosa rezongar sus amenazas. Llegaría la guerra de España, y luego...

* * *

Hasta su muerte, Supervielle pensó mucho en la muerte, soñó mucho con la muerte. La experiencia que poseía, en su corpachón lleno de sacudidas y rumores sordos, de tener que partir un día, no suscitaba en él ni rebelión ni resentimiento. Le servía nada más de infinito recurso para maravillarse, con piedad que rozaba apenas y con ironía, que una vez definió como "nostalgia de la sabiduría". Experimentaba de continuo ese sentimiento, que con demasiada frecuencia ahogamos en nosotros por distracción o fatiga, que nos hace decir ante los seres, al pensar que desaparecerán como no-

sotros: "¿De qué sirve todo lo que no es amor y ternura y amistad y cortesía del corazón?" Era gentil como lo son los verdaderos sabios, con gentileza de la auténtica, que no es la pereza de ser duro ni la facilidad de estar contento, sino el pasmo de estar en vida, y la certidumbre sin rebelión de que habrá que dejar de estarlo.

> Un día, cuando digamos: —Era el tiempo del sol,
> ¿lo recordáis?, alumbraba la menor ramita
> y tanto a la mujer vieja como a la muchacha pasmada,
> sabía dar a los objetos su color en cuanto en ellos se posaba...

Supervielle no era para nada estoico. El estoicismo implica un esfuerzo, una crispación, grandes músculos anudados para retener las pasiones y los deseos. Tampoco era resignado. Tan sólo era sumamente sensible, atento e imaginativo. Nunca estaba seguro de hallarse donde estaba, pues se ponía en el lugar de todo cuanto vive y palpita, de las estrellas, de los pequeños que un pensamiento hizo nacer en alta mar, de los animales de la tierra y de los barqueros de la vida.

El Dios al que hace hablar en *La fábula del mundo* es un dios poeta, un dios que juega a ser hombre, es decir a crear el mundo a partir del caos de las apariencias, un dios que compone la tierra como Supervielle componía sus poemas.

Supervielle, en su presencia de amigo como en su obra de poeta, producía el sentimiento de la inocencia. La inocencia no es ni ñoñez ni ceguera. Acaso no sea otra cosa que el justo sentimiento de los valores, de lo que tiene importancia y lo que no. Si sabemos que habremos de morir, este pensamiento pudiera desgarrarnos. Pero también nos puede llevar a colocar las cosas en su verdadero sitio, a escoger lo esencial, amar lo que es amable, conducirnos a esa sabiduría cuya nostalgia es la ironía, y la bondad el sinónimo. ✤

